

# HERMANDAD ORTODOXA

## "SAN SERGIO"

Catedral Ortodoxa Rusa de la Santísima Trinidad

AÑO 2 - Nº 3 - 3º Época

JUNIO del 2002

### PLÁTICA ACERCA DE LA FIESTA DEL SANTO PENTECOSTÉS

Hoy, por la fiesta que se prolonga tres días en honor a la Santísima Trinidad, hablaremos sobre su significado simbólico e histórico.

Este es un día tan grande como el Nacimiento de Cristo y la Santa Pascua. Hasta el ayuno del miércoles y viernes, en esta semana se suprime a causa de la importancia de la fiesta. ¿Por qué la misma tiene este importante significado?

Su denominación - Pentecostés - indica que la fiesta es en el 50º día luego de Pascua. En la Iglesia del Antiguo Testamento, la fiesta de Pentecostés fue instituida en conmemoración de la entrega de los Mandamientos en el Monte Sinaí. Y como la Pascua de Cristo reemplazó a la Pascua del Antiguo Testamento, así también el Pentecostés Nuevotestamentario, en el aposento de Sión, reemplazó al del Antiguo Testamento en el Sinaí.

En el preterno Consejo Divino sobre la salvación del género humano fue establecido que el Hijo de Dios, luego de cumplida la redención, ascienda al cielo, y que luego de la ascensión del Salvador, descienda el Espíritu Santo para completar la obra comenzada por el Salvador, hacer a los apóstoles capaces de recibir el Evangelio y de predicarlo por todo el mundo, de disponer el corazón de las personas para recibir la prédica y de enseñarles la fe viva; en una palabra - asimilar aquello que fue anunciado y realizado por Jesucristo para la salvación del hombre. Como es evidente en la plática de los viajeros de Emaús (Lucas y

Cleopas) con Jesucristo (S. Lucas 24:13-32) y de las palabras de los apóstoles al Salvador antes de su Ascensión (Hechos 1:6), los discípulos de Cristo no podían comprender del todo a su Divino Maestro y su enseñanza; hasta luego de la conversación con Cristo, en el 40º día, sobre el Reino de Dios, ellos todavía preguntan: "¿Es ahora cuando restablecerás el reino de Israel?". Por eso el Señor mismo les dijo: "Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que permanezca con vosotros para siempre (S. Juan 14:16-26). Y más: "Les conviene que Yo me vaya. Porque si no me fuera, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me fuere, os lo enviaré" (S. Juan 16:7). "Él os guiará hacia toda verdad" (S. Juan 16:13), "Os enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que Yo os he hablado" (S. Juan 14:26).

Y he aquí que en ese instante, luego del descenso del Espíritu Santo, los analfabetos pescadores comenzaron a hablar en distintas lenguas, como les inspiraba el Espíritu Santo, el Cual iluminó sus mentes y abrió sus corazones para el cumplimiento de la profecía de Joel (Joel 2:28-29 y 32). ¡Y en qué manera ellos se transfiguraron, espiritualizaron e iluminaron! En aquel momento ellos comprendieron sobre cuál Reino hablaba Cristo, asimilaron Su enseñanza en sus mentes y corazones y se fueron a predicar sobre Él a todos los confines del mundo. Por eso, el descenso del Espíritu Santo es como su entrada triunfal al elevado

deber de Santificador del género humano pecador; es el fundamento triunfal y la santificación de la nueva Iglesia eterna y universal. En este día fueron bautizados por el Espíritu Santo y ordenados los primeros pastores - los apóstoles, de los cuales se traspaşa hasta el día de hoy, en sucesión, la gracia del sacerdocio; desde este día comenzaron con su actividad los salvadores sacramentos, realizados hasta ahora en la Iglesia a través de los pastores. A los apóstoles y demás creyentes les fue dado el don de la palabra y la sabiduría para predicar el Evangelio a todas las naciones, y el abundante don de maravillosos milagros... Desde ese momento, el Santificador del mundo - el Espíritu Santo - comenzó a obrar en la Iglesia en forma visible y constante.

De esto es evidente cuán importante y beneficioso resultó para todo el género humano el descenso del Espíritu Santo sobre los apóstoles. Si Él no hubiera descendido sobre ellos, entonces la obra de nuestro Salvador hubiera quedado incompleta; los apóstoles hubieran permanecido incapaces de predicarlo por todo el mundo, el mundo no hubiera sabido acerca de su Salvador; no hubiera habido en él fe cristiana y todos nosotros nos hubiéramos quedado en la oscuridad del paganismo.

Recordemos en forma resumida, cómo sucedió este conmemorado y tan importante suceso - el descenso del Espíritu Santo. El mismo está relatado en el libro de los Hechos de los apóstoles (cap. 1). Antes de su Ascensión al cielo, el Salvador mandó a sus discípulos a no alejarse de Jerusalem "hasta que sean revestidos del poder de lo alto" (S. Lucas 24:49). Los apóstoles se reunieron en el aposento de Sión, y allí permanecían juntos en abstinencia y oración, a lo largo de diez días. Según la tradición y razonamiento de los santos padres y maestros de la Iglesia, a lo largo de nueve días - las nueve órdenes angélicas veneraban al Ascendido Cristo Salvador, ya que para ellos resultaba un misterio inalcanzable Su Ascensión al cielo con cuerpo humano y el sentarse a la derecha de Dios Padre, es decir igualando el honor y la gloria por la humanidad, los

cuales hasta entonces eran por la Divinidad.

El aposento de Sión era aquel mismo, en el cual Jesús realizó, junto con sus discípulos, la Santa Cena; ésta era la casa de Zebedeo, padre de Jacobo (Santiago) y Juan. La misma fue la primera iglesia doméstica.

En el décimo día, es decir en el 50º luego de Pascua, el Espíritu Santo descendió en forma de lenguas de fuego. Aquí estaban presentes no sólo los apóstoles con la Madre de Dios y otras mujeres, sino también demás creyentes - hasta 120 personas (como es evidente en Hechos 1:16), los cuales se habían reunido para orar en honor a la fiesta. Los judíos también festejaban triunfalmente Pentecostés, en recuerdo del éxodo de Egipto y de la entrega a ellos, por medio de Moisés, de los mandamientos en el monte Sinaí. Allí en el monte Sinaí, fue entregada la Ley Antigua, mientras que aquí, en el aposento de Sión, es recibida la Nueva Ley. Allí, Dios se manifestó en el sonido de truenos y en relámpagos, aquí el Espíritu Santo, en el sonido del viento impetuoso y en el aspecto de lenguas de fuego.

¿Porqué el Espíritu Santo se apareció en forma de fuego? Esto es sólo la manifestación de su poder. El fuego purifica y quema toda impureza; de la misma manera el Espíritu Santo extermina toda suciedad del alma y purifica el corazón. El Espíritu Santo es Fuego purificador, santificador, pero no es abrasador - sino que es semejante a aquel fuego que se enciende hasta hoy día en Pascua en Jerusalem: ilumina, arde, pero no quema. Las lenguas de fuego reposaron sobre las cabezas, porque la cabeza en el hombre es la parte principal y más noble del cuerpo; las lenguas indican el don de la palabra, la cual se pronuncia con la lengua, y el conocimiento de los muchos idiomas extranjeros hasta ese momento desconocidos, conocimiento que fue dado para la prédica del Evangelio por todo el mundo; la división de las lenguas es indicativo de la predicción en distintos países y distintas naciones, e indica también las distintas dádivas del Espíritu<sup>(\*)</sup>.

"Al descender, el Altísimo confundió las lenguas dividiendo a los pueblos. Mas cuando

(\*) "Cuando el Señor fue bautizado en el río Jordán, el Espíritu Santo apareció en forma de paloma. No apareció de esta forma para añadir algo a Cristo, sino para proclamar simbólicamente lo que es en Él: pureza, mansedumbre y generosidad. Cuando los apóstoles fueron convocados en el quincuagésimo día luego de la Resurrección, el Espíritu Santo apareció en forma de lenguas de fuego. Apareció en forma de fuego a fin de quitar de ellos algo y otorgarles algo. Quitar de ellos todo pecado, toda debilidad, temor e impureza espiritual, y otorgarles paciencia, luz y calidez espiritual" - Obispo Nikolai Velimirovich).

envió las lenguas de fuego, convocó a todos a la unión. Y nosotros unánimemente glorificamos al Santísimo Espíritu" (*Kondakio de la fiesta*).

Esta fiesta se llama día de la Santísima Trinidad, porque en el festejado suceso se manifiesta lo que era necesario saber, el Misterio de la Santísima Trinidad, la gloria de las tres Personas de la Deidad Trihipostática: el Padre tuvo a bien enviar al Espíritu Consolador, el Hijo gestionó del Padre esta benevolencia (S. Juan 14:16) y el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles, como semejante al Padre y al Hijo, como Dios Autócrata. Con este suceso se consuma el edificio de nuestra salvación y redención. Cristo ascendió con el cuerpo mostrando que nuestra morada está en los cielos. Pero esto no es suficiente, nosotros debemos hacernos dignos de esta vida. Y de ninguna otra manera podemos hacernos dignos, sino por la santificación del Espíritu Santo.

En la fiesta de la Santísima Trinidad, desde antaño existe la costumbre de embellecer las iglesias y hogares con ramas, plantas, flores, hierbas aromáticas y permanecer en el templo con flores fragantes. Esta costumbre es tomada del Antiguo Testamento, en el cual, para la fiesta de Pentecostés, las sinagogas y las casas eran adornadas con ramas y arbustos verdes. Así, sin duda, fue embellecido el aposento de Sión, donde el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles. Esta costumbre nos recuerda la aparición de la Santísima Trinidad a Abraham bajo el roble de Mambre, bajo la apariencia de tres viajeros (como desde antaño la Iglesia Ortodoxa representa en un ícono las Tres Personas de la Santísima Trinidad), y nos invita a imitar el amor hospitalario del Patriarca. En Palestina, en esa época del año finalizaba la cosecha y ofrecían los primeros frutos; y en el norte, la primavera se encuentra en todo su desarrollo y colorido. De allí se tomó la costumbre de traer esta hermosura para bendecirla en la iglesia, ya que el Espíritu Santo todo lo vivifica y a Él se traen en agradecimiento estas flores primaverales como dádiva de la naturaleza. Además, las verdes hierbas que reviven luego del invierno, nos hablan de nuestra resurrección después de nuestro reposo mortal, y sobre la bienaventuranza paradisiaca en las alturas celestiales. Después de un largo y oscuro invierno, la naturaleza nuevamente se vivifica en primavera. También llegará nuestro invierno: la muerte, pero nosotros mostramos nuestra espe-

ranza, en que nuevamente reviviremos con Dios, por el Espíritu Santo, en nuestra futura resurrección de entre los muertos. Las aromáticas flores traídas al templo de Dios por los fieles, sirven como imagen de los diversos dones que provienen de la gracia del Todo-santo Espíritu, Cohacedor del cristiano por medio del aroma de Cristo: porque las virtudes que embellecen al cristiano, semejantes a flores aromáticas, hacen que se granjee los corazones humanos (las flores nos recuerdan la pureza y fragancia del alma cristiana, y con esto nos instruyen y clarifican).

En este día, inmediatamente a continuación de la Liturgia, se oficia la triunfal víspera en conmemoración del descenso del Espíritu Santo. En la víspera se leen siete conmovedoras oraciones, en honor a la Santísima Trinidad, divididas en tres partes, que fueron compuestas por San Basilio el Grande. En estas oraciones, la Santa Iglesia pide para todos los fieles la gracia del Espíritu Santo, y, para nuestros hermanos difuntos, atenuación y descanso... Durante la lectura de estas conmovedoras oraciones, la Santa Iglesia, por primera vez luego de la Gran Cuaresma, manda a sus hijos postrarse delante del Señor (I Concilio Ecuménico, regla 20, sobre la prohibición de las postraciones, desde Pascua hasta Pentecostés, al igual que en todos los domingos del año). Igual que en la Semana Radiante, durante toda la semana luego de la Santísima Trinidad se permite comer todo tipo de alimento. Desde el día de la Santísima Trinidad, durante el oficio se comienza a cantar y leer la oración en honor al Espíritu Santo: "¡Oh, Rey de los Cielos!", y en la Liturgia "Hemos visto la Verdadera Luz", las cuales no se leían desde el día de Pascua.

"Bendito eres, ¡oh!, Cristo Dios nuestro, que haz hecho sabios a los pescadores, habiéndoles enviado desde lo alto el Espíritu Santo...". Los analfabetos pescadores se hicieron pescadores de hombres, como predijo Cristo, el Salvador (S. Mateo 4:19) y pescaron a todo el mundo. Con su primer inspirado discurso, en el día del descenso del Espíritu Santo, el apóstol Pedro pescó en la red de Dios hasta tres mil hombres, y luego de algunos días, a unos 5000 más (Hechos 1:41 y 4:4). Estos fueron los primeros creyentes cristianos. Con el acrecentamiento de la Iglesia (comunidad de los que se salvan en Cristo), con el aumento del número de creyentes, los apóstoles no podían

atender todos los asuntos, e invitaron a los hermanos de la comunidad a elegir ayudantes. Fueron elegidos siete hombres, colmados de fe, y los apóstoles, luego de rezar impusieron sobre ellos las manos y los ordenaron diáconos de la Santa Iglesia (Hechos 6:3-7). Con la difusión de la santa fe en otras ciudades y países, los apóstoles, predicaban por todas partes y ordenaban presbíteros y obispos. Así como el Espíritu Santo reposó en forma de lenguas de fuego sobre la cabeza de los apóstoles, de la misma manera los apóstoles colocaban sus manos sobre la cabeza de los consagrados, haciendo descender sobre ellos la gracia del Espíritu Santo, la cual hasta hoy día se da en sucesión a todos los principales de los pastores y a los pastores, y a través de ellos, a todos los creyentes. A los creyentes la gracia del Espíritu Santo les es otorgada, con inexplicable consolación, en la oración ferviente, en el oficio divino, en los sacramentos instituidos por Jesucristo: el bautismo, la confirmación, el arrepentimiento ("Reciban el Espíritu Santo: a quienes perdonen los pecados, a aquellos se les perdonarán" - S. Juan 20:22), el sacerdocio, la comunión, la unción con óleos y el matrimonio.

Nosotros nada bueno podemos hacer sin la coacción del Espíritu Santo, ni siquiera rezar: "Por el Espíritu Santo toda alma se vivifica"; "¿Acaso no saben que ustedes son templo del Espíritu Santo, que vive en vosotros?", dice el apóstol Pablo (I Cor. 3:16).

Mas, ¿cómo podemos convencernos de que el Espíritu Santo está presente en nosotros? Los apóstoles fueron convencidos con evidentes señales. ¿Mas nosotros? A esto responde el apóstol Pablo: "El fruto del Espíritu es: amor, regocijo, paz, paciencia, bondad, misericordia, fe, mansedumbre, contención" (Gál. 5:22-23). De los frutos del árbol se conoce si el mismo es bueno o no. Así, por estos frutos espirituales indicados por el apóstol Pablo, nosotros podemos juzgar si mora o no el Espíritu Santo en nosotros.

¿Hay regocijo en tu alma cuando estás delante de Dios en la oración? - he aquí el fruto del Espíritu Santo. ¿Tienes paz en tu conciencia, y si conoces alguna debilidad en ti, la has purificado con lágrimas de arrepentimiento? - es fruto del Espíritu. ¿Soportas pacientemente, sin queja alguna, todas las aflicciones, ofensas y agresiones, no te llenas de ira ni te encolerizas, crees que todo sucede por la voluntad del Recto Dios? - es fruto del Espíritu. ¿Se esfuerza tu alma por amar a todos, por hacer el bien a todos y siempre, por repartir cuanto puedes con los pobres, los afligidos, los enfermos? - es fruto del Espíritu. ¿Se conmueve tu corazón en la desgracia de los otros, consideras venturoso el ayudarlos? - es fruto del Espíritu. ¿Crees en la Palabra de Dios con todo el corazón, sin entrar en un análisis malicioso, posees un temperamento callado y manso, contienes tus pasiones? - he aquí todo esto frutos del Espíritu son.

¿Cómo adquirir el Espíritu Santo? Y, ¿qué hacemos cuando esperamos a una visita elevada y querida? 1) Limpiamos detalladamente nuestro hogar, 2) lo decoramos lo mejor posible, y 3) salimos a su encuentro, para recibirlo en nuestra morada. De la misma manera aquí, debemos limpiar nuestra alma de nuestras debilidades con la confesión, el arrepentimiento, una oración ferviente, y decorarla. ¿Con qué? Con obras de amor y misericordia, con esfuerzos desinteresados en provecho del prójimo. Mas ¿con qué salir al encuentro de la Gran Visita? Con fe, esperanza y amor: la fe abre las puertas del corazón, la esperanza recibe en estas puertas, y el amor une al corazón con el Espíritu Santo; porque "el que permanece en el amor - en Dios permanece y Dios en él" (I San Juan 4:16). Donde está la paz y el amor, allí está Dios.

Que en estas virtudes seamos todos afirmados por el Espíritu Consolador, al Cual le pertenecen el honor y la adoración por los siglos de los siglos. Amén.



## ACERCA DEL ESPÍRITU SANTO

De inmediato, luego de la liturgia, tiene lugar el corto oficio de vísperas. Éste es único: se oficia una vez en el año, exclusivamente en el día de la Santa Trinidad, en conmemoración del descenso del Espíritu Consolador sobre los apóstoles. Algunos no saben esto y se retiran del templo de Dios. Es imprescindible que todos se queden y recen, ya que durante este oficio se leen oraciones especiales sobre el descenso del Espíritu Santo, divinamente inspiradas, compuestas por el gran y ferviente orador, San Basilio el Grande, padre y maestro de la Iglesia; la Iglesia reza por que la dádiva, de la gracia del Espíritu Santo, sea para todos los orantes, y asimismo, para nuestros parientes fallecidos, para que ellos y nosotros seamos partícipes del gracioso Reino Celestial.

Sin la gracia del Espíritu Santo no podemos salvarnos. He aquí porqué nuestro Salvador, el Señor Jesucristo, repetidamente hablaba acerca del Espíritu Santo. Así, antes de sus sufrimientos y su muerte en la Cruz, dijo a sus discípulos: "Es mejor que vaya hacia mi Padre Celestial, ya que si no voy, el Espíritu Consolador no vendrá a vosotros; mas si voy, entonces os lo enviaré". (S. Juan 16:7). "Cuando venga el Consolador, que Yo os enviaré de parte del Padre, él dará testimonio de Mí" (S. Juan, 15:26).

Después de Su Resurrección, cuando se apareció a los apóstoles, no les trajo ningún otro don más que el Espíritu Santo: "Sopló y les dijo: reciban el Espíritu Santo; a aquellos que perdonen sus pecados, les serán perdonados, y a aquellos que se los retengan, les serán retenidos" (S. Juan 20:22-23). Antes de Su Ascensión al cielo, en el monte Eleón, luego de darles las últimas instrucciones, les dijo a los apóstoles que todos permanecieran en Jerusalén, que esperaran al prometido Espíritu Consolador, y que no se dispersasen para predicar, hasta tanto hayan recibido la Fuerza desde lo alto. ¡Tantas veces hablaba el Salvador acerca del Espíritu Santo! También, todos los apóstoles hablaban y escribían acerca de la importancia del Espíritu Santo, cuando se hicieron órganos del Espíritu, y por la experiencia conocieron que era imprescindible.

Especialmente el apóstol Pablo, quien no hablaba tan fervientemente de otra cosa, como lo ha-

cía acerca del Espíritu y sus obras; no deseaba para sus discípulos, más que la gracia del Espíritu; nada le causaba más regocijo, que la presencia en ellos de los frutos del Espíritu; de otra cosa no los prevenía más, que contra pérdida del Espíritu... "Quien no tiene el Espíritu de Cristo, ese no es de Cristo" (Romanos 8:9), ni siquiera es cristiano... Aquel que no tiene el Espíritu Santo, ese es un hombre carnal, en él está el espíritu de malicia. Si sentimos en nosotros maldad, irritación, el tormento de las pasiones, quiere decir que en nosotros no está el Espíritu Consolador. Como el aire es imprescindible para la vida corporal, así el Espíritu Santo para la vida espiritual cristiana: "Por el Espíritu Santo toda alma se vivifica...". La Gracia del Espíritu Santo, dada en los santos sacramentos de la Iglesia, nos hace renacer, nos santifica, ilumina y purifica. He aquí por qué es imprescindible para nosotros preocuparnos, antes que nada, por adquirir la gracia del Espíritu Santo, rezar por ello con frecuencia y por encima de todo. Y especialmente en este Día de Pentecostés, cuando se conmemora el descenso del Santo Espíritu, pedir al Señor que no nos prive de la gracia del Espíritu Santo.

En el segundo día de la Fiesta, el Espíritu Santo es glorificado y el oficio está dedicado a Él "por la grandeza del Santísimo y Vivificador Espíritu". Si no hubiese descendido Espíritu Santo, seguramente la enseñanza de Cristo hubiera quedado desconocida, habría yacido en la oscuridad, como así también la fe en el Único Dios, la cual era guardada sólo por el pueblo hebreo.

El Espíritu Santo nos es dado en la oración ferviente, en los oficios de la Iglesia, en los sacramentos del bautismo, confirmación ("el signo del don del Espíritu Santo"), arrepentimiento, sacerdocio, unción con óleos, comunión (el Espíritu Santo convierte los Santos Dones en Cuerpo y Sangre de Cristo), santifica el agua (del bautismo), el óleo, los templos de Dios, las casas y toda cosa: "Por el Espíritu Santo toda alma se vivifica y se eleva con pureza, brilla...". Y nosotros no sabríamos rezar, de no ayudarnos el Espíritu Santo: "El Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables (Rom. 8:26). Sin el Espíritu de Dios no seríamos personas, sino animales. Dios nos dio todo para la salvación,

el hombre no puede alegar que no sabe: todo, depende ahora de su deseo. "¿Acaso no sabéis que vosotros sois templo de Dios, y que el Espíritu Santo vive en vosotros?" (I Cor. 3:16), dice el apóstol Pablo. ¡Cuán cuidadosos debemos ser y con temor guardarnos del pecado, para conservar el Santo Espíritu!

¿Por qué en este día es costumbre adornarlo todo, especialmente los templos de Dios, con ramas verdes y flores? La fragancia de las flores indican la fragancia de los dones del Espíritu Santo y la importancia de nuestra fragancia espiritual, así como un recipiente despide los aromas de las fragancias que estuvieron en él. La fragancia de los santos es su vida llena de gracia, ellos se hicieron

verdaderas "moradas del Espíritu Santo" en sus vidas terrenales. Y hasta nosotros vemos que después de su muerte, sus cuerpos permanecen incorruptos y con fragancia. ¡Cuánta consolación puede hallarse en la fiesta de la Santísima Trinidad! La Iglesia, en señal de regocijo, nos dispensa del ayuno durante toda la semana que le sigue, a causa del gran festejo, así como lo hace en la semana pascual.

¡Dios permita a todos vosotros recibir al Santo Espíritu Consolador, para que Él los consuele en todas sus dificultades y los guarde con su gracia! "Espíritu Consolador, Dador de Vida, ven y fija tu morada en nosotros y purifícanos de toda iniquidad, y salva nuestras alma, ¡Oh, Bondadoso!". Amen.

## Primera epístola del apóstol San Pablo a los Corintios

(I Cor. 6:4-20)

4. Cuando tengáis diferencias sobre estas nonadas de la vida, poned por jueces a los más despreciables de la Iglesia.

5. Para vuestra confusión os hablo de este modo. ¿No hay entre vosotros ningún prudente capaz de ser juez entre hermanos?

6. En vez de esto, ¿pleitea el hermano con el hermano, y esto ante los infieles?

7. Ya es una mengua que tengáis pleitos unos con otros. ¿Por qué no preferís sufrir la injusticia? ¿Por qué no el ser despojado?

8. Y en vez de esto sois vosotros los que hacéis injusticias y cometéis fraude, y esto con hermanos.

9. ¿No sabéis que los injustos no poseerán el Reino de Dios? No os engañéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas,

10. ni los ladrones, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los rapaces poseerán el Reino de Dios.

11. Y algunos esto erais, pero habéis sido lavados: habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios.

12. "Todo me es lícito", pero no todo conviene.

"Todo me es lícito", pero yo no me dejaré dominar de nada.

13. "Los manjares para el vientre y el vientre para los manjares"; pero Dios destruirá el uno y los otros. El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo;

14. y Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros por su poder.

15. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y voy a tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? ¡No lo quiera Dios!

16. ¿No sabéis que quien se allega a una meretriz se hace un cuerpo con ella? Porque serán dos, dice, en una carne.

17. Pero el que se allega al Señor se hace un espíritu con Él.

18. Huid de la fornicación. Cualquier pecado que cometa un hombre, fuera de su cuerpo queda; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo.

19. ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenecéis?

20. Habéis sido comprados a precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo.

## LAS SAGRADAS ESCRITURAS AXIOMA DE LA FE ORTODOXA

La Santa Iglesia Ortodoxa, sustenta su Doctrina en las Sagradas Escrituras y la Santa Tradición. Pero son precisamente la Escrituras la fuente insoslayable e indiscutible, mediante la cual la Iglesia basa su enseñanza y sostiene sus dogmas.

Hemos visto que, desde que el Cristianismo dejó las catacumbas y hasta nuestros días, con numerosas herejías, el diablo, enemigo de Dios y de Su estirpe, el género humano, pretendió destruir a la Iglesia de Cristo, sembrando mediante aquellas confusión, divisiones y muerte. No obstante, muchos cristianos, clérigos y laicos, destacados teólogos algunos, piadosos hombres de fe otros y necios los más, persistiendo en su error buscan en su propia y limitada ciencia y en los textos profanos y hasta paganos, el sustento con el cual combatir tal o cual herejía o simplemente para acomodarla a algún interés subalterno. Desdeñando o en el mayor de los casos, ignorando a las Sagradas Escrituras, como elemento único y definitivo del cual extraer la Verdad absoluta, el Axioma, y comprobar, además, el cumplimiento estricto de las profecías y anuncios hechos por nuestro Señor y Dios, por Su misma boca y por medio de los profetas, santos reyes, hombres virtuosos y los mismos santos y venerados Apóstoles, inspirados todos ellos por el Espíritu Santo.

Las enseñanzas de los Apóstoles y de los santos Padres no son más que el complemento de las Santas Escrituras, su explicación y el modo de demostrarnos a nosotros, hombres de poca fe e indolentes, la Divina Revelación y los acontecimientos que se sucedieron y se suceden en este mundo, que preparan, acompañan y alimentan nuestra ansia de Dios y el deseo de salvar a nuestras almas.

Hoy, celebramos la Santísima fiesta de Pentecostés, en ella confesamos a viva voz nuestra fe en la Santísima Trinidad, consubstancial e indivisible, a Quien conmemoramos. Recordamos el descenso del Espíritu Santo, tercera Hipóstasis (Persona) de la Trinidad, sobre la Santísima Madre de Dios y los santos Apóstoles, enviado por Dios Padre, conforme con la promesa hecha por el mismo Salvador, Señor Jesucristo.

Una turbia y falaz herejía, construida por el diablo en el corazón de algunos hombres con el propósito de negar la unisubstancialidad indivisible de la Santísima Trinidad y utilizada también como pretexto para justificar apetencias de poder político, dividieron a la Iglesia terrenal hace mil años. El error aún persiste en el Occidente cristiano y a aquel se le agregaron otros, también terribles.

Por ello, en esta fiesta tan importante, rindiendo nuestro corazón, mente y voluntad, a la Trinidad Vivificadora, nuestros ojos se vuelven a las Santas Escrituras y con ellas confesamos, tal como decimos en el Símbolo de la Fe (Credo) **“.....Y en el Espíritu Santo, Señor Vivificador, Quien procede del Padre y que conjuntamente con el Padre y el Hijo es igualmente adorado y glorificado....”** Amén.

Citaremos seguidamente, en las Sagradas Escrituras, a los Santos Evangelios y a los Apóstoles, en sus referencias al la procedencia del Espíritu Santo.

**Santos Evangelios:** San Mateo: 3:16 ; San Juan: 14: 16-17; San Juan: 14:26; San Juan: 15:26; San Juan: 16: 13-14

**Santos Apóstoles:** Hechos: 2: 17-18; Hechos: 10:38; (San Pablo) Romanos 8:11; ICorintios: 6:19; Tito: 4:7

**EVANGELIO QUE ESTABLECE LA PROCEDENCIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, LA CUAL REAFIRMA LA PROCEDENCIA DEL ESPÍRITU SANTO:**

**San Juan: 5: 19-47**

**EPÍSTOLA QUE REAFIRMA, POR BOCA DEL SANTO APÓSTOL PEDRO, LA UNIVERSALIDAD DE NUESTRA IGLESIA:**

**Hechos: 10: 34-35.**

## SOBRE LAS MUJERES MIRÓFORAS

Una charla del Metropolitano Vladimiro de París,  
con la Hermandad de Mujeres

¡Cristo resucitó! Una vez más los saludo con estas regocijantes, alegres, eternas palabras, que estimulan el alma: ¡Cristo resucitó!

Toda esta semana, está dedicada a la memoria de las Mujeres Miróforas, por ello esta es nuestra fiesta en común, pero especialmente de las mujeres cristianas, de ustedes, quienes se asemejan a aquellas en vuestro servicio. Espiritualmente les deseo también, que continúen con ese santo servicio a Cristo. No debemos turbarnos cuando la palabra 'mirófora' es utilizada con cierta burla, totalmente fuera de lugar; al igual que es costumbre utilizar constantemente las palabras 'divinizar' o 'divino' (que provienen de la palabra 'Dios') en casos y conversaciones totalmente impropias.

El orden de las miróforas es sagrado. Nos podemos convencer de esto por las palabras del Mismo Cristo. Cuando Él estuvo en la cena, en la casa de Simón, se le acercó una mujer con miro, con el que ungió Su cabeza. ¿Qué contesto Cristo a la indignación de sus discípulos? - "Ha hecho una buena obra para conmigo. A los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no me tendréis siempre. Al derramar este miro sobre mi cuerpo, me preparó para la sepultura. En verdad os digo que allí donde se proclame el Evangelio en todo el mundo, se contará también en su memoria lo que ella acaba de hacer" (San Mateo 26, 10 - 13).

Recordemos la historia de las mujeres miróforas en su memoria y para imitarlas en su vida, servicio y actividad. Recordemos también, el Evangelio que se leyó el domingo dedicado a su conmemoración. Es el Evangelio sobre el entierro de Cristo y Su resurrección. En él, primero se los recuerda a José y Nicodemo, por ello, también diremos unas palabras acerca de ellos.

José de Arimatea era miembro del Sanedrín y discípulo secreto de Cristo. Nicodemo era fariseo, discípulo nocturno de Jesucristo. Pero cuando ellos vieron el sufrimiento y la muerte de Cristo en la Cruz, su fe oculta, se hizo manifiesta.

José, sin temer la ira de los judíos, se dirige a Pilatos y le pide el Cuerpo de Jesucristo. Al recibir el permiso, con Nicodemo, lo sepultan con dignidad. Lo envuelven en un Sudario limpio y después de cubrirlo con esencias lo colocan en una tumba nueva que José había preparado para sí. Al enterarse de esto, los judíos arrojaron a José en un foso, del cual fue sacado por una fuerza Divina y se marchó a Arimatea, su pueblo, donde fue digno de ver la aparición de Cristo resucitado. Los judíos lo encadenaron nuevamente y una vez más se le apareció Cristo y lo liberó. Finalmente, los judíos lo echaron de su tierra y entonces él comenzó a predicar a Cristo en todas partes. En cuanto a Nicodemo, fue echado de la asamblea (Sanedrín).

Cuando José y Nicodemo sepultaban a Cristo, las mujeres miróforas permanecían allí, inseparables. ¿Quiénes eran ellas?: María Magdalena, Salomé (hija de José, el Comprometido, quien tenía 4 hijos: Jacobo el menor, Josías, Simón y Judas, y 3 hijas: Esfira, Tamar y Salomé), María de Cleofás, Marta y María - hermanas de Lázaro, Juana - esposa de Cusá, jefe de la casa del rey Herodes, Susana y otras "quienes seguían a Cristo y le servían de sus haciendas" (San Lucas 8, 3).

Cuando se nombra a la madre de Josías o de Jacobo el menor, hay que entender que se hace referencia a la Madre de Dios. Jacobo y Josías eran hijos de José el Comprometido, cuya esposa había muerto, por lo que la Santísima Doncella se consideró madre de aquellos, cuando José la tomó bajo su custodia.

La Madre de Dios estaba presente ante la cruz de Su Hijo y lo siguió en el camino al calvario. Es evidente que se la nombra poco porque temían que fuera perseguida y sometida a violencia por parte de los judíos, quienes, por ejemplo, quisieron matar a Lázaro.

María Magdalena estaba poseída por siete demonios. Cuando vio al Salvador, se postró ante Él con fe y recibió la curación. Desde ese

entonces le sirvió con toda el alma, creía en Él y lo amaba, reuniendo en ella dos virtudes: las de Marta y María (escuchando Su enseñanza y sirviéndole de su hacienda). Demostró su fidelidad a Cristo especialmente durante Su crucifixión, al permanecer inamovible ante la cruz con la Madre de Dios. Los apóstoles se dispersaron, pero María Magdalena y las mujeres miróforas estaban paradas a una cierta distancia de la cruz, y miraban al Salvador sufriendo con Él. Observaron también cómo lo ponían en la tumba "paradas delante del sepulcro". Se volvieron tarde y prepararon bálsamos perfumados, pero el sábado cumplieron con el descanso prescrito por la ley (San Lucas 23, 55 - 56) esperando con impaciencia el comienzo del día siguiente. Y entonces "estando aún oscuro" se apresuraron a ir al sepulcro. Aquí se les aparece un ángel con la buena nueva de la resurrección de Cristo. Corrieron a ver a los Apóstoles con temor, y ellos no les creyeron. Aun así Pedro y Juan fueron a ver el sepulcro y regresaron "maravillados por lo ocurrido". María Magdalena fue digna de ver, no sólo al Ángel, sino al mismo Salvador. Cuando se quedó sola en el sepulcro, llorando, fue la primera que vio a Cristo resucitado, pero no lo reconoció en un principio. Cuando Cristo le dijo con voz conocida: "¡María!" ella exclamó: "¡Rabí!" y se arrojó hacia Él. Entonces Cristo la envió a anunciar su resurrección a los discípulos.

Luego Jesucristo se manifestó a todas las miróforas con las palabras: "¡Regocijáos!" y ellas, todas, corrieron donde los Apóstoles, pero tampoco les creyeron. Ese mismo día al atardecer, Jesucristo se apareció a dos de Sus discípulos en el camino a Emaús y más tarde, a todos los Apóstoles en Jerusalén y comió delante de ellos para convencerlos de Su resurrección.

Desde ese momento, los Apóstoles y las mujeres miróforas a viva voz anunciaban por todo el mundo: ¡Cristo resucitó! ¡En verdad resucitó!

Por supuesto, la primera en recibir la noticia de la Resurrección fue la Madre de Dios, como lo testimonia el canto eclesiástico: "El Ángel

exclamó a la bendita, Doncella Pura, regocíjate..."

María Magdalena comenzó a predicar a todos esa regocijante noticia. No temió ni al Emperador Tiberio. Según la Tradición, ella fue a verle con un huevo rojo, como símbolo de la Resurrección y Redención por la Sangre del Salvador (nuestra alma está como en una cáscara durante la vida terrenal, pero vendrá un tiempo en que se sacará la cáscara, es decir, el cuerpo pecador y se irá a Dios). María Magdalena le comunicó acerca del inicuo juicio de Pilato sobre Jesucristo, el Salvador. El Emperador lo corroboró y al asegurarse de sus palabras desterró a Pilato y desmembró al Sannedrín. La Santa Iglesia llamó a María Magdalena equiapostólica por su especial fervor en la prédica del Evangelio. Ella predicó y se esforzó también en el sur de Francia, donde, según la Tradición terminó los días de su vida terrenal.

La mujer fue la primera en pecar y una mujer fue la primera en recibir el perdón de Cristo, la alegría de la Resurrección, a través de Su aparición. ¿Qué otro ejemplo nos dan las Santas mujeres? Como María Magdalena estuvo delante del Santo Sepulcro desde muy temprano por la mañana hasta entrada la noche, del mismo modo nosotros debemos dedicar a Dios el principio y el final de cada día de nuestra vida, recordando que delante de nosotros está nuestra sepultura, a su debido tiempo. Las Santas Mujeres sirvieron a Cristo de sus haciendas, pero, ¿cómo podemos imitarlas ya que no vemos a Cristo con nosotros? Cristo "es ayer y hoy el mismo, por los siglos", "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos", Él permanece con nosotros en los Santos Sacramentos y en especial, en el sacramento de la Eucaristía. En el Templo estamos junto con Él. "Mi Casa será llamada Casa de oración". Las vestimentas eclesiásticas, los adornos, los santos íconos son aquellas vestimentas de Cristo, y la preocupación por ellos es una ofrenda a Él. Al igual que la preocupación por nuestros hermanos pobres y enfermos, es el servicio a Él, Cristo.

1935





***CORREO DE LECTORES***

Comunicamos a nuestros lectores que por este medio se podrán hacer llegar toda clase de aportes, consultas, inquietudes, etc., las que se satisfarán en sucesivas publicaciones.

**Domicilio:** Catedral de la Santísima Trinidad, Brasil 315, C. P. 1154 – Buenos Aires – Argentina.  
Tel.: (54-1) 361-4274

Para suscripciones, dirigirse a la dirección de la Catedral.